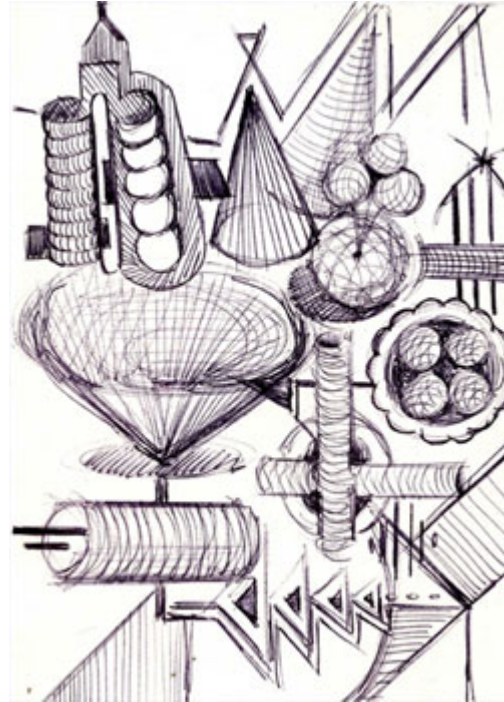


LEYENDAS

URBANAS



VENGANZA LÓGICA

Pablo Mármol

Era un día normal, verano, estábamos en el supermercado de un pueblo costero. Como siempre lleno de turistas, la mayoría extranjeros, con los carros llenos de bebidas alcohólicas. Las cajas sonreían y trataban de comunicarse con los clientes utilizando el escaso vocabulario inglés aprendido durante el invierno en cursos acelerados. Sin embargo, unas palabras en perfecto castellano me resultaron familiares, allí estaba el todopoderoso Jefe de Personal de mi empresa haciendo la compra, y además, discutiendo sobre el precio del tomate frito de oferta. A su lado una señora entrada en años, untada de cremas y que debía de ser su esposa, gritaba como una energúmena consiguiendo que finalmente el encargado acudiera velozmente para tratar de solucionar el conflicto.

El todopoderoso Jefe de Personal estaba allí, a escasos metros, en pantalones cortos, con sandalias y con una floreada camisa. El hombre al que no le temblaba la mano para despedir ni sancionar a los trabajadores que “no daban el perfil” o que no se ajustaban a “lo que la empresa espera de usted” también hacía la compra, como todos los humanos. Más del diez por ciento de la plantilla había salido de la empresa a través de “medios no traumáticos” según los dóciles sindicatos durante los últimos tres años. Despidos encubiertos e indemnizados opinábamos otros. Humillaba a los empleados más débiles, buscaba los puntos más vulnerables. Hacía preguntas indiscretas sobre la vida de cada uno. Luego, estaban las fiestas con los mandos de la empresa, los llamados jefes de sección. Era obligatorio ir a sus fiestas, llevar a la esposa o novia y reírle las

gracias al Sr. Planas. Éste no se cortaba, bailaba con las mujeres, contaba chistes, cantaba en el karaoke, sobaba e incluso se insinuaba en ocasiones. Desconozco si la cosa pasaba a mayores. En algunos casos se atrevió a llamar a la esposa de algún compañero para mostrarle su malestar con el rendimiento o actitud de este.

En la ciudad, prácticamente todos nos conocíamos, habíamos ingresado en la empresa en la época de expansión durante los años ochenta y ahora la competitividad siempre entendida como problema de los trabajadores, hacía que igual que ingresamos, poco a poco, así fuéramos expulsados. Siempre sobran los trabajadores, nunca los directivos, las empresas que van mal, porque van mal deben despedir, y las que van bien también, porque así competirán mejor. Siempre perdemos los mismos.

En aquel momento no le di mayor importancia al suceso, pero después empecé a pensar, ¿por qué no localizar al energúmeno este?, ¿por qué no voy a conocer donde vive? ¡Qué tontería! ¡Con el calor que hace! Pero cuando tenemos curiosidad no hay pereza que valga. Salí fuera del supermercado y miré hacia todos los lugares, no había ningún rastro. Habían desaparecido. Me marché a casa, pero de cuando en cuando me venían ideas y más ideas, ¿para qué quería localizarlo? ¿Y después qué? Yo soy pacífico, sería sólo curiosidad. Me gustaría saber cómo funcionan estas personas que están tan seguras de si mismas, tan prepotentes. Seguro que el Sr. Planas nunca ha dudado, yo, sin embargo, entre mi timidez y mi sentido del ridículo, medito siempre hasta el infinito cualquier decisión por mínima que sea. Siempre miro los pros y los contra.

¿Por qué complicarme la vida? Esa era la pregunta, pero la respuesta estaba muy clara: porque no tenía nada que perder. Por esa razón la gente se juega la vida, se arriesga y a veces ganan. Hay quien se mete en una patera, puede morir o vivir de mala manera, todo antes que soportar una miseria lenta que te va apagando. Podía y debía complicarme la vida, pero ante todo mucha discreción y mucha cautela. No sabía que iba a hacer, mis ideas eran confusas, pero lo primero era acumular datos de donde vivía, qué vida llevaba, coches, amistades, aficiones, esa era la primera parte del plan, después seguro que algunos compañeros, completamente desesperados estarían dispuestos a volver a ver al Sr. Planas, ¿por qué no? ¡y a decirle cuatro cosas!

Hay situaciones donde uno se siente muy desgraciado, solo, sin saber qué hacer, con dudas, y no tiene nadie en quien apoyarse. ¿Ha sentido Usted alguna vez estas sensaciones Sr. Planas? Puede que no. Siempre ha estado rodeado de gente que le apoyaba y le adulaba, desde pequeñito. Además Usted es una persona segura de lo que hace, no duda, no titubea, se presenta con su tarjeta de visita, su personalidad siempre afable y distinguida le abre todas las puertas, Usted sabe lo que se hace.

No volví a verlo hasta el siguiente invierno. En esta ocasión, le vi entrar en el hospital del pueblo, nos adelanto a todos los que esperábamos noticias de nuestros familiares. Gritó por la ventanilla, convenció y ví que entraba por aquella puerta por donde nos había mandado callar a todos los familiares de los enfermos. Yo estaba allí, permanecí toda la noche. Nuestro gran personaje fue tratado con todo tipo de distinciones y se marchó a casa, ya le llamarían cada dos horas para informarle de la evolución de su madre. Era el Director de personal de la fábrica más importante de la ciudad y no podía perder el tiempo en una triste sala de espera de un hospital. Él era el

hombre más poderoso de la comarca, políticos, concejales todo el mundo quería contar con él.

Salí del edificio, a lo lejos miles de luces iluminaban casas donde la gente trataba de ser feliz, como a mi me pasaba unos meses antes, ahora me sentía perdido, solitario, no me acompañaba nadie. Ignorado en una sala de espera donde llegan personas que cada una va a resolver su problema, pensando siempre que otras están peor.

El año siguió avanzando, se acababa poco a poco. Llegaron las fiestas. Las grandes fiestas, los grandes festejos, aquellos momentos donde todos se reúnen, y cada miembro de la familia y de los amigos muestra sus galas y méritos. Eso yo no lo viví. Posiblemente en mi familia no supimos olvidar las pequeñas miserias y magnificar los pequeños avances. Todo eso requiere un esfuerzo, una imaginación, todos se llevan bien, se quieren, se aprecian, es Navidad. Lo dice la televisión, y si lo dice la televisión, entonces, es que es verdad. No se hable más. La Navidad, calles tristes, luces violentas, olor a champán derramado por el suelo. La gran comida, el pedazo de carne flotando en una salsa que te estropea el estómago. El vino, qué buen vino, me duele la cabeza de verlo, qué color tan oscuro y el vaso parece gigantesco. Los turrónes, los polvorones, la alegría, que alguien pare esta locura. Por favor, dejadme en paz, quiero que sea siete de enero, ese día ya no importa que nadie me quiera o no, que yo le tengo ganas a unos cuantos, que el mundo que me rodea me parezca un lugar inhóspito, que todo ya sea normal, como siempre. No hay ni fútbol porque es Navidad, por favor no nos quiten nuestra dosis, que sin fútbol no podemos vivir. Quiero volver a la rutina.

Al año siguiente volví a pasar las vacaciones en el apartamento de la playa, herencia de mis padres. Paseando y sin proponerme nada llegué a una urbanización, sobre el horizonte se dibujaban unas suaves montañas, el paisaje era de postal y los chalets eran muy lujosos, debían de costar una burrada. Tenían grandes dimensiones y parecía que tenían sofisticados sistemas de seguridad. El chalet del Sr. Planas era uno más de aquella colonia exclusiva para privilegiados. El césped estaba muy cuidado y, además, tenía una hermosa piscina junto a una cancha de tenis. Plantas y árboles caprichosos adornaban la finca. Por las calles de la urbanización no se veía a nadie, a veces alguna sudamericana que sacaba la basura a los contenedores o algún jardinero que podaba los exteriores de los chalets. Por lo demás reinaba la tranquilidad que sólo se rompía con los ladridos de algunos perros que detectaban algún ruido extraño.

Debía de pasar desapercibido, allí no podía llamar la atención, por lo tanto lo primero sería conseguir un mono de trabajo y añadirle alguna marca comercial que me podía inventar. De esta manera podría deambular por la zona sin llamar la atención. Le daba vueltas y más vueltas, me sentía aturdido, perdido, ¿por qué complicarme la vida? Si algún conocido me viera, ¿qué le diría? Mejor sería olvidarlo todo y marcharme a casa. Pero, hay cosas que son inevitables.

Tenía mucha faena, mucho trabajo por delante, debía acumular información sobre el Sr. Planas. Así empecé a seguirle, a conocer sus hábitos, sus compras en el supermercado, sus meriendas en un pueblo cercano, las cenas en los restaurantes más caros y el domingo, el vermut tradicional en un bar donde se reunía lo más elegante y adinerado de la zona. Siempre iba acompañado por su esposa, aquella mujer que según decían aquellos que alguna vez compartieron mesa y mantel, conocía mejor a algunos

empleados que el propio Sr. Planas. Dos coches utilizaban, uno tipo ranchera para las compras y las excursiones y otro grande y más elegante para los paseos entre los diferentes pueblos de la costa.

Poco a poco fui documentándome, visité el catastro, obtuve un mapa del chalet, y multitud de detalles que pensé que en un futuro me serían útiles. No había servicio domestico, sólo una chica que iba a diario por las mañanas y se retiraba por la tarde. Además había un obrero de mantenimiento que hacía diversas faenas, desde limpiar los coches, hasta cuidar la piscina y los árboles. Su presencia no era cotidiana, sólo iba cuando eran necesarios sus servicios. Por lo tanto había fines de semana que, posiblemente, no fuera nadie al chalet. Sin embargo, la señora era caprichosa y continuamente llegaban diferentes operarios con encargos, muebles, electrodomésticos o que realizaban pequeñas chapuzas y arreglos en la finca.

Pero había veces, tardes, tardes de verano, largas, inmensas, calurosas. La música sonaba al fondo, dulce, melodiosa, intensa, el piano desgranaba suaves notas y una hermosa voz femenina cantaba algo que parecía muy hermoso, aunque desconocía su significado. ¡Qué poco importan las palabras cuando el sonido es maravilloso! Estaban escuchando música, era ópera, en un magnifico aparato, y yo permanecía por los alrededores, disimulando, enfundado en un mono azul y con un pequeño maletín de herramientas.

Pensaba, ¿por qué complicarme la vida?, es cierto que había tenido mis episodios desagradables, pero todo no era negro. También había disfrutado de la vida, también sabía ser feliz con mis pequeñas cosas, mi música, mis libros, mis caminatas,.....Es cierto que en la empresa no había sido valorado, pero eso le había pasado a mucha gente, a la mayoría. Me sancionaron en una ocasión por ser claro y honesto, por no denunciar a otro compañero. Pero, los despidos de mis compañeros fueron muy injustos, y eso sin olvidar las humillaciones y abusos. Eso es lo peor, ver llorar a alguien que ha sido humillado, duele más que un golpe. ¿Qué iba a hacer con toda la información que tenía? Las cosas se sabe como empiezan pero no se sabe cómo terminan. Aquel juego podía tener consecuencias imprevisibles y desde luego si se descubría alguna vez mi autoría sería despedido. Despedido a los cuarenta y cinco años.

A mi amigo Luis lo despidieron a los cuarenta y cuatro años, administraba las compras de material de la oficina, varios millones al mes, además tenía una pequeña cantidad en caja para atender pagos imprevistos y de poco importe. Luis trabajaba bien, estaban contentos con él, era eficiente, un poco lento, un poco pesado, sistemático, no demasiado simpático, pero, iba a trabajar no a hacer amigos. Su mujer no trabajaba, tenía dos hijos, y el dinero se iba rápido. No sabía que hacer para frenar aquella ruina económica. A veces cogía dinero de la caja, así acababa el mes, luego reponía el dinero y nadie se enteraba. Pero un día, por lo que fuera, causalidad, chivatazo, mala suerte, se hizo arqueo y faltaba dinero, unos doscientos euros. Luis no supo explicarse, y cuando se explicó ya era tarde. El señor Planas le citó en su despacho, le habló claro, le humilló. Luis se puso de rodillas, lloraba, pero todo era imposible. Luis se fue a la calle. Estuvo muy deprimido durante varios días, vagaba por las calles sin rumbo fijo, después pasó a un mutismo absoluto, no hablaba con nadie. Descarga camiones en el mercado, hace recados, limpia cristales, pero a Luis le arrancaron la sonrisa y la dulzura de su rostro, ya no es pesado con nadie, ya no sueña, y todos los hombres tienen derecho a soñar. No sólo el señor Planas que quizás no necesita soñar, porque él, vive la vida y qué vida.

Qué fácil hubiera sido buscar una solución, una reprimenda, una sanción, cualquier cosa antes que el despido. Pero no hubo solución, hasta su mujer fue al despacho del señor Planas, pero la empresa es la empresa y se aplica el reglamento. El señor Planas es bueno, él no quiere hacer mal a nadie, es bondadoso, da limosnas en misa, a los pobres, a las ONG's, colabora en todas las cuestaciones de solidaridad con los pobres del mundo, pero aquí en la empresa no puede hacer nada. Es muy fácil ser bondadoso con las desgracias del mundo, pero aquí es muy complicado, aquí es un cabrón. Los pobres están muy bien, pero lejos, lejos.

El reglamento de la empresa es muy duro, o tal vez no, pero siempre se aplica la máxima sanción, y así como salió Luis, han sido despedidos muchos más trabajadores sin que ellos hayan cometido ninguna falta grave. Despedido, esa es la frase maldita en el mundo laboral. Ningún trabajador quiere oír esa palabra. Cuando uno es despedido y tiene cierta edad estamos ante un drama de consecuencias imprevisibles. Todo un castillo de naipes cae estrepitosamente. El modelo de vida se viene abajo, la vivienda no se puede pagar, todo se resiente, y los amigos y la familia empiezan a esquivarte, incluso llegan a pensar que algo malo habrás hecho. "A otros no los despiden" se oye, sin querer, mientras estás en la sala de espera del ambulatorio o en el supermercado.

En cambio el señor Planas, fue ajeno a toda esta catástrofe, él siguió con sus amistades, con su familia, con sus juergas y sus vacaciones en países exóticos. Él sabe de economía, y de política, y de animales, y de viajes, de todo. Él decía: "En el INEM hay unos cursos muy buenos y reciclan a los trabajadores mayores. Les dan una segunda oportunidad y a veces consiguen trabajos mejores que los anteriores". Pero el señor Planas no ha sido despedido y no va a hacer ningún curso de reciclaje del INEM. Luis tampoco.

El tiempo pasaba, conocía todos los hábitos del Sr. Planas, pero esos conocimientos no pensaba utilizarlos, además, el verano languidecía, estaba apático. Dentro de unos días empezaría el otoño y esta zona veraniega se iría despoblando. Volvería a la normalidad.

Una tarde me llamó Miguel, un viejo amigo. Nos conocemos desde la infancia aunque nos vemos muy de tarde en tarde. Nuestras vidas han seguido derroteros diferentes pero nos guardamos un mutuo cariño. Miguel es marinero, ha trabajado en todo tipo de barcos, aunque ahora sólo se dedica a embarcaciones de recreo. Los millonarios quieren gente experta en sus yates para recorrer las costas de Mediterráneo. Para Miguel ésta es la actividad más lucrativa y cómoda, trabaja unos meses y tiene el resto del año libre. Miguel es un hombre afable, decidido y arriesgado, nunca ve obstáculos y le parece que se debe luchar por todas esas cosas en las que creemos.

Charlamos de todo un poco, y finalmente le conté mis actividades durante el verano, mi obsesión por el Sr. Planas y los sufrimientos de mi compañero Luis. Miguel se interesó mucho y me propuso darle un escarmiento. No le hice caso, abrimos otra botella de wisky y cuando nos dimos cuenta era de madrugada y estábamos bastante cargados. A la mañana siguiente, era sábado, Miguel me dijo que debíamos actuar sin dilación, que tenía una gran idea. No le di importancia, son cosas que se dicen con una copa de más.

Cogimos el coche y me insistió en que le enseñara el lugar donde vivía nuestro personaje. Nos acercamos al chalet del Sr. Planas, yo para no ser reconocido, aunque no creo que este individuo se haya fijado nunca en mí, me puse unas gafas negras, un bigote postizo y una gorra. Llamamos al timbre, y el mismo Sr. Planas se acercó con aire displicente.

-¿Qué pasa? ¿Qué quieren?

-Buenas tardes, somos fontaneros del Ayuntamiento, estamos localizando una fuga de agua y queríamos echar un vistazo a su jardín.

-Ganas de molestar. Todo está perfectamente en mi chalet, pero,...pasen y comprueben, eso sí, rapidito que a mi esposa no le gustan los intrusos en casa.

La finca era muy grande, desde fuera parecía más pequeña. En una amplia terraza, su mujer tomaba el sol en bañador y se aplicaba diferentes tipos de crema. Avanzamos, yo no sabía qué hacer, pero Miguel sí, estaba decidido. Miraba las bocas de riego y las golpeaba con una llave inglesa. En un momento determinado, agarró al Sr. Planas por el cuello y le puso un trozo de tubería en la espalda. Intentó forcejear, pero Miguel es un hombre fuerte, musculoso, acostumbrado al esfuerzo. El Sr. Planas pensó que era una pistola, se quedó quieto. Subimos a la terraza, la mujer se asustó, lanzó un grito y empezó a temblar.

No sé de donde sacó Miguel aquella cuerda, quizás la llevaba, pero fue visto y no visto. Todo sucedió con una rapidez tremenda. Ahí estábamos en el sótano del chalet con el Sr. y la Sra. Planas debidamente amarrados a unas sillas. No podían moverse. Zarandeé a Miguel y lo llevé a otra habitación.

-Miguel, escúchame, esto es una locura. ¡Es un delito!, ¡se te ha ido la “olla”!. ¿Qué quieres hacer ahora? Estas loco, acabaremos en la cárcel.

-No seas tonto, a este hijoputa le vamos a dar su misma medicina, el abusa de la gente, pues ahora vamos a abusar nosotros de él. Es cuestión de horas. De momento déjalos ahí en el sótano y vamos a comer algo.

Fuimos a comer a un restaurante del pueblo, pero yo no estaba tranquilo, no podía comer, tenía un nudo en la garganta, ¡en menudo lío me había metido Miguel! Él parecía controlarlo todo, no estaba nervioso y disfrutaba con la comida e incluso bromeaba con las camareras. Después, tomamos café, unas copas e incluso unos cubatas. A mí me deprimía lo que estaba pasando, la cabeza me iba a estallar, pero era incapaz de parar aquello. Me encontraba mal, tenía náuseas, pero Miguel era un torbellino y lo tenía todo planificado.

Volvimos al chalet, allí estaban amarrados y amordazados. Habían llorado y se habían meado encima. Miguel les quitó la mordaza y los llamó cobardes y guarros. Aquella pareja de prepotentes eran ahora una caritatura de su seguridad. Parecían más viejos de lo que eran. Ya no quedaba nada del Sr. Planas, su mirada ahora era huidiza y su voz desgarrada nos imploraba:

-Les daré lo que me pidan, tengo mucho dinero, llévense los coches, las joyas, no se lo diré a la policía, de verdad. Mi esposa necesita tomar unas pastillas y tenemos que comer algo y beber agua, tengo mucha sed, haré lo que pidan, por favor.

-¿Te arrepientes de lo que haces a la gente? ¿Has tratado bien a los trabajadores de la fábrica? Dí, ¡Imbécil!

-Bueno, a veces soy un poco duro con la gente,..... a veces se me va la mano. Hay despidos injustos, encubiertos, es cierto,.....pero es la política de la empresa. Yo no tengo la culpa. Compro la voluntad de algunos empleados con dinero y así tengo la información que deseo. También he tratado mal a las secretarias, les grito, sin intención, eso creo. Pero bueno, deme agua por favor. Le daré todo mi dinero. No me haga daño. Son cosas que se deben hacer para que todo funcione. Yo me he hecho a mi mismo, empecé desde abajo.

-Seguro que siendo un pelota, un mal compañero y un rastrero ¿Sólo eso?

-También he abusado de alguna chica, ahora hace tiempo que no, pocas veces. Soy una persona normal, en este pueblo me quieren todos. Hasta tengo una calle con mi nombre. Tengo muchos amigos. La función de Jefe de Personal es muy difícil y complicada, hay órdenes de arriba y yo soy el que tengo que hacerlas cumplir, aunque no me gustan a veces. ¿Qué quieren? ¡No se vayan, no se vayan! ¡No nos dejen!

Los volvimos a dejar solos, estaban destrozados, lloraban y nos rogaban piedad, qué sarcasmo. Los labios los tenían reseco, sacaban la lengua y respiraban con dificultad. Me parecía muy cruel lo que estábamos haciendo, aunque bien mirado se lo merecían. Luis también había llorado durante muchos días antes de sufrir una fuerte depresión de la quizás nunca se recuperaría. Me preocupaba el estado de nuestros secuestrados, ya iban siendo mayores, puede que necesitaran algunas medicinas y la falta de agua es una tortura horrorosa.

Al final les dimos un poco de agua, pero no comida. Estaban rendidos y dispuestos aceptar todas nuestras condiciones. Así, durante el domingo estuvimos escribiendo cartas en el ordenador portátil del Sr. Planas. Cartas a los periódicos de la zona, a las emisoras de radio, cartas a los despedidos de la fábrica y a aquellos empleados a los cuales creía que había ofendido. Era mucho trabajo, pues la lista era interminable. El Sr. Planas por un trocito de pan era capaz de confesar hasta que había asesinado a Kennedy. Miguel seguía hurgándole y sacando todos los trapos sucios. Especulaciones con terrenos, trapicheos con materiales que utilizaba la fábrica y un sin fin de cosas más. Yo me mantenía a distancia, procuraba hablar poco y nunca me quitaba las gafas oscuras ni la gorra. Normalmente me situaba a su espalda. A todo esto no teníamos ningún arma. Miguel lo razonaba así, no nos podían acusar de nada, no había armas, solo las cuerdas para atarlos y estas las haríamos desaparecer cuando fuera necesario.

Al día siguiente, lunes, el Sr. Planas no tenía trabajo pues estaba de vacaciones, pero se marchó junto con Miguel a las sedes de los periódicos y a la fábrica. Miguel no le permitió afeitarse ni ponerse un traje, tampoco le dejó ducharse. Era una sombra de sí mismo, sucio, sin afeitarse, con el pelo alborotado, demacrado y con un chándal chillón. En las redacciones de los periódicos entregaban las cartas a los directores, todos lo

conocían de sobra, le miraban desconcertados y le preguntaban si estaba enfermo. Eran largas cartas donde se culpaba de haber sido un dictador y un tirano sobre la plantilla de la fábrica, de haber actuado de mala fe, de haber engañado a todos, de haberse enriquecido mediante ilegalidades. Los directores le miraban estupefactos, les decía que se había arrepentido de su vida pasada y que quería empezar de nuevo. Yo, mientras tanto, permanecía en el chalet con la mujer en el sótano. El tiempo había hecho estragos y sin los cuidados que se aplicaba cotidianamente, era una caricatura que no paraba de gemir.

En la fábrica aquello era un escándalo. El Sr. Planas llegaba de improviso y se humillaba, se ponía de rodillas ante las secretarías y administrativos. Después en la fábrica les pedía perdón a algunos obreros, nadie entendía nada, parecía estar loco. Aquello parecía una burla o una broma de mal gusto, pero los gestos y expresiones del Sr. Planas denotaban miedo y terror, y eso no se puede conseguir sólo con la intención.

La policía, tal vez avisada por el director de algún periódico, apareció en la fábrica. Preguntaron al Sr. Planas, titubeó, pero debió pensar en la vida de su mujer y dijo que todo estaba bien, que no había ningún problema. Comprobaron la documentación de Miguel, pero todo parecía en orden. El jefe de Personal de la fábrica se había vuelto loco o algo así. Pidió la baja en la empresa ante la mirada de todos. Los empleados del Departamento de Personal pensaban que necesitaba con urgencia visitar a un psiquiatra, algo había pasado. Volvieron al chalet. Previamente el dinero de diferentes bancos fue repartido mediante transferencias a diferentes ONG's. Nadie entendía nada, los directores de las sucursales bancarias dudaban, pero estaban ante el famoso y poderoso Sr. Planas. Alguno llamó a la fábrica, pero sólo encontró la confirmación de la locura. Mientras tanto las emisoras de radio local empezaron a leer la carta entregada por el Sr. Planas, surgieron los comentarios de los locutores, y a continuación las llamadas del público. Declaraciones y denuncias de trabajadores, vecinos, concejales y políticos confirmaban aquello que decía el comunicado.

En el chalet observamos que había vigilancia policial. Aquello les olía mal, algo raro ocurría. Forzosamente había gato encerrado. Seguíamos en el sótano, Miguel les permitió comer algo que había en el frigorífico. El día tocaba a su fin y nosotros tendríamos que poner fin a aquello. Miguel le dejó hacer algunas llamadas a sus amigos. El teléfono no paraba de sonar. Explicaba a todo el mundo, que se había portado mal y que había llegado el momento de arrepentirse. Por primera vez en su vida tenía miedo, Miguel le hacía creer que lo podía matar en cualquier momento. En la parte posterior de la finca había una puerta disimulada en la valla, que apenas se utilizaba y observamos que por allí no vigilaba la policía.

La noche caía, Miguel y yo abandonamos el chalet por la puerta trasera, con rapidez, alcanzamos la carretera y cogimos el primer autobús que pasaba por allí. En un contenedor arrojamos las cuerdas utilizadas para atarles, la cinta aislante y el mono, las gafas, el bigote y la gorra que yo había utilizado. Desde allí fuimos a una casa en pleno campo donde Miguel vivía desde hacía años. La casa estaba deshabitada casi siempre.

.....

El tiempo ha pasado, ahora estoy encerrado en un hospital psiquiátrico. Me han condenado a muchos años de cárcel, pero nadie cree que yo haya podido colaborar

libremente en ese secuestro. No tengo miedo a nada, miro directamente a los ojos. Por fin he hecho algo en mi vida de lo que estoy orgulloso. La esposa del Sr. Planas murió al poco tiempo, según la prensa como consecuencia del secuestro. El Sr. Planas se pasea por los platós de televisión y es posible que acabe siendo un contertulio, eso sí, ahora está muy humanizado ante el sufrimiento de los demás. Hubo muchas declaraciones a mi favor, me dijeron que acusara a Miguel, que dijera que él me obligó, que me amenazó. No sé nada de Miguel, ha desaparecido una vez más. Me niego a participar en ninguna farsa, en el juicio me negué a declarar. Sin embargo, un grupo de psiquiatras me han hecho muchos test, y han llegado a la conclusión de que mi cerebro no funciona con normalidad, que soy una especie de Aníbal Lecter en potencia. Todo porque afirmo que la venganza es lícita y razonable. Estoy bien, rodeado de locos desahuciados y de otros presos con largas condenas y desequilibrios mentales.

Miro a la pared, ellos creen que estoy “ido”, que no me entero de nada. No es así, medito, me dejan leer algunos libros. Me dan muchas pastillas, pero ya sé retenerlas en la boca para después tirarlas. El tiempo pasa, algún día saldré, y buscaré al Sr. Planas y si no se ha muerto antes, se va a enterar.

